

# Contemplación para Alcanzar el Amor de Dios

**Oración:** *Pedir para reconocer íntimamente las muchas bendiciones que yo he recibido de manera que esté lleno de profunda gratitud y tenga el valor de amar y servir a Dios con gozo.*

## Introducción:

Antes de comenzar la reflexión sobre la Contemplación para Alcanzar el Amor de Dios, San Ignacio de Loyola sugiere que usted recuerde que “el amor se debe manifestar mediante hechos más que con palabras”. Dicho amor anima y sostiene su respuesta generosa.

Con respecto a su experiencia de los Ejercicios Espirituales sería bueno mirar hacia atrás a su jornada. ¿Cuánto usted ha progresado? ¿Qué reflexiones Dios ha compartido con usted? ¿Cuáles son los momentos más culminantes de esa jornada?

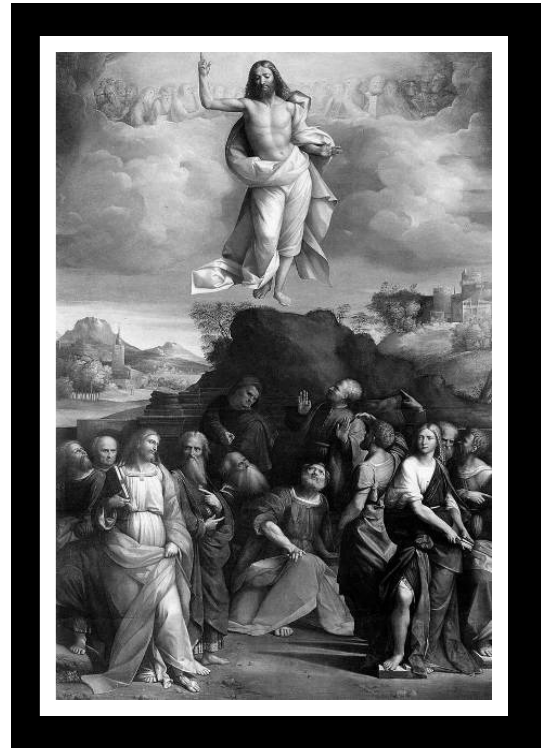
¿De qué manera su relación con Jesús es diferente de lo que era antes de comenzar los Ejercicios Espirituales? ¿Cuáles recuerdos se resaltan como los más fuertes y significativos? Al recordar esos momentos, identifique los sentimientos que todavía se mueven dentro de usted. ¿Cuál es su respuesta a la acción de Dios en su vida de oración?

San Ignacio le alienta a “reflexionar con gran afecto cuánto Nuestro Señor ha hecho por mí”. Al usted pensar sobre esto, ¿qué usted le ofrece en cambio a Dios? ¿Mientras ora, podría usted recitar desde lo profundo de su corazón las palabras del *Suscipe* de San Ignacio?

*Toma, Señor, y recibe toda mi libertad,  
mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad,  
todo lo que tengo y lo que poseo.  
Tú, Señor, me lo has dado todo a mí.  
Ahora te lo devuelvo. Oh, Señor.  
Todo te pertenece a ti. Dispone de ello según tu voluntad.  
Dame tu amor y tu gracia, eso es todo lo que necesito.*

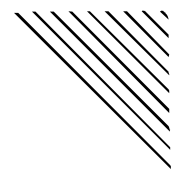
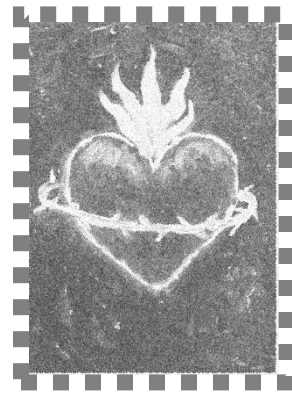
¿Puede aceptar el reto de vivir su vida enraizado totalmente en una actitud de amor y gratitud por todas las bendiciones que Dios comparte con usted? ¿Ha descubierto y está convencido en lo más profundo de su corazón de que la manera de actuar de Jesús es la manera en que usted desea actuar? De ser así, ¿cuáles son las implicaciones de su compromiso a vivir más como Jesús?

Atrévase a rezar por ese *sensus Christi* para que pueda sentir con los sentimientos de Jesús, con los sentimientos del corazón de Jesús para amar a Dios Padre y amar a todas las personas. ¿Con quién usted está llamado a compartir ese amor? ¿Se atreve usted a rezar para que Jesús le enseñe a cómo actuar según la manera que Él actúa? ¿Se atreve usted a convertirse en un compañero verdadero de Jesús viviendo y trabajando al lado de Jesús todos los días?

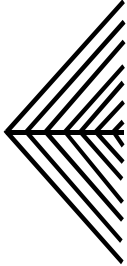


El reto verdadero de los Ejercicios Espirituales es vivir en el amor de Dios, ser transformado por la vida, la muerte y la resurrección de Jesús y dejar que poco a poco usted se parezca más a Jesús en su vida diaria. ¿Cómo usted responde a la misión que Jesús le pide al enviarle a compartir la Buena Nueva a la humanidad?

**Juan 21: 1-25 Pedro es restituido** – Después de esto, nuevamente se apareció Jesús a sus discípulos en la orilla del lago de Tiberíades. Y se hizo presente como sigue: Estaban reunidos Simón Pedro, Tomás el Mellizo, Natanael, de Caná de Galilea, los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar”. Contestaron: “Vamos también nosotros contigo.” Salieron, pues, y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Al amanecer, Jesús estaba parado en la orilla, pero los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: “Muchachos, ¿tienen algo que comer?” Le contestaron: “Nada”. Entonces Jesús les dijo: “Echen la red a la derecha y encontrarán pesca”. Echaron la red, y no tenían fuerzas para recogerla por la gran cantidad de peces. El discípulo al que Jesús amaba dijo a Simón Pedro: “Es el Señor”. Apenas Pedro oyó decir que era el Señor, se puso la ropa, pues estaba sin nada, y se echó al agua. Los otros discípulos llegaron con la barca – de hecho, no estaban lejos, a unos cien metros de la orilla; arrastraban la red llena de peces. Al bajar a tierra encontraron fuego encendido, pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: “Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar.” Simón Pedro subió a la barca y sacó la red llena con ciento cincuenta y tres pescados grandes. Y a pesar de que hubiera tantos, no se rompió la red. Entonces Jesús les dijo: “Vengan a desayunar”. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle quién era, pues sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo repartió. Lo mismo hizo con los pescados. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos. Cuando terminaron de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos.” Le preguntó por segunda vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Pedro volvió a contestar: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Jesús le dijo: “Cuida de mis ovejas.” Insistió Jesús por tercera vez: “Simón Pedro, hijo de Juan, ¿me quieres?” Pedro se puso triste al ver que Jesús le preguntaba por tercera vez si lo quería y le contestó: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.” Entonces Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas”. En verdad, cuando eras joven, tú mismo te ponías el cinturón e ibas a donde querías. Pero cuando llegues a viejo, abrirás los brazos y otro te amarrará la cintura y te llevará a donde no quieras.” Jesús lo dijo para que Pedro comprendiera en qué forma iba a morir y dar gloria a Dios. Y añadió: “Sígueme.” Pedro miró atrás y vio que lo seguía el discípulo al que Jesús amaba, el que en la cena se había inclinado sobre su pecho y le había preguntado: “Señor, ¿quién es el que te va a entregar?” Al verlo, Pedro preguntó a Jesús: “¿Y qué va a ser de éste?” Jesús le contestó: “Si yo quiero que permanezca hasta mi vuelta, ¿a ti qué te importa?” Tú sígueme.” Por esta razón corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no iba a morir. Pero Jesús no dijo que no iba a morir, sino simplemente: “Si yo quiero que permanezca hasta mi vuelta, ¿a ti qué te importa?” Éste es el mismo discípulo que da testimonio de estas cosas y que ha escrito aquí, y nosotros sabemos que dice la verdad. Jesús hizo también otras muchas cosas. Si se escribieran una por una, creo que no habría lugar en el mundo para tantos libros.

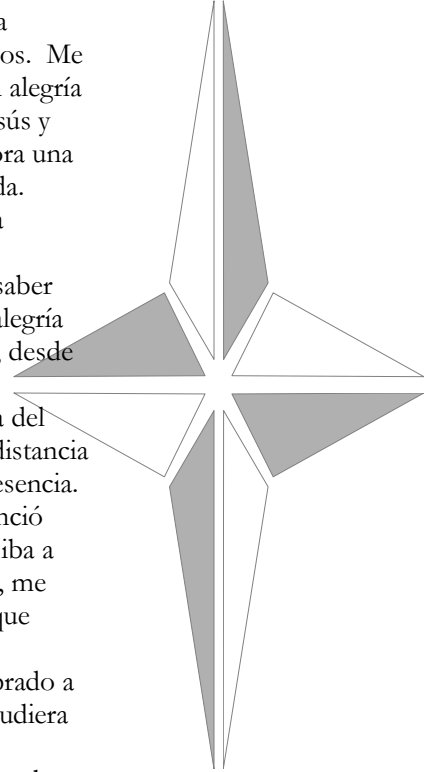


**Lucas 24:36-53 La Ascensión** - Mientras estaban hablando todo esto, Jesús se presentó en medio de ellos (y les dijo: “Paz a ustedes.”) Quedaron atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu, pero él les dijo: ¿Por qué se desconciertan? ¿Cómo se les ocurre pensar en eso? Miren mis manos y mis pies; soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo.” (Y dicho esto les mostró las manos y los pies). Y como no acababan de creerlo por su gran alegría y seguían maravillados, les dijo: “¿Tienen aquí algo que comer?” Ellos, entonces, le ofrecieron un pedazo de pescado asado (y una porción de miel); lo tomó y lo comió delante de ellos. Jesús les dijo: “Todo esto se lo había dicho cuando estaba todavía con ustedes; tenía que cumplirse todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos referente a mí.” Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras. Les dijo: “Todo esto estaba escrito: los padecimientos del Mesías y su resurrección de entre los muertos al tercer día. Luego debe proclamarse en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén, y yendo después a todas las naciones, invitándolas a que se conviertan. Ustedes son testigos de todo esto. Ahora yo voy a enviar sobre ustedes lo que mi Padre prometió. Permanezcan, pues, en la ciudad hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de arriba.” Jesús los llevó hasta cerca de Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos (y fue llevado al cielo. Ellos se postraron ante él.) Después volvieron llenos de gozo a Jerusalén, y continuamente estaban en el Templo alabando a Dios.



**Mateo 28: 16-20 Jesús envía a sus apóstoles** – Por su parte, los Once discípulos partieron para Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Cuando vieron a Jesús, se postraron ante él, aunque algunos todavía dudaban. Jesús se acercó y les habló así: “Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia.”

**En éstas o palabras semejantes ...** Habían pasado varios días desde que Jesús se me había revelado en Emaús después de su resurrección y me encontraba sentado solo a la orilla del mar pensando sobre todos los acontecimientos recientes. Estaba todavía oscuro afuera y estaba mirando el mar completamente absorto en mis pensamientos. Me sentía confundido, ya que había experimentado toda clase de emociones: una gran alegría al celebrar la Pascua con Jesús y todos sus discípulos, una gran tristeza al morir Jesús y entonces una gran confusión al descubrir que su cuerpo había desaparecido; y ahora una combinación de felicidad y paz al saber que Jesús había resucitado a una nueva vida. Obviamente, sin dudas, yo estaba muy feliz de que Jesús no estuviese muerto para siempre, sino que en cambio había triunfado sobre el pecado y el mal para unirse nuevamente a Dios. Sin embargo, otro lado egoísta de mí sentía cierta tristeza al saber que Jesús ya no estaría jamás conmigo de forma humana y por eso no sentía una alegría completa dentro de mí. Aún cuando a través de todas mis experiencias con Jesús, desde su nacimiento hasta su aparición en Emaús, yo había sentido una fuerte conexión indescriptible con Él, un tipo de conexión que trascendía nuestra relación humana del uno con el otro, sentí que su muerte nos había distanciado en cierta medida, una distancia que alteraba la manera en que yo experimentaría, a partir de este momento, Su presencia. Me sentí sobrecogido de alegría porque la aparición de Jesús en Emaús me convenció que Él era inmortal, pero al mismo tiempo, me sentí como si yo no supiera cómo iba a mantener la conexión que cada una de mis experiencias con Él a través de su vida, me habían traído. Como había conocido a Jesús toda su vida, desde el momento en que María confió en mí y me permitió sostenerlo en mis brazos en el establo hasta el momento en que me reveló su verdadera identidad en Emaús, me había acostumbrado a sentirme conectado con Él en su presencia física. Me preocupaba que ahora no pudiera continuar conectado con Jesús, ya que no estaría presente. Mis pensamientos me llevaron nuevamente al domingo en que temprano en la mañana caminé hasta la tumba de Jesús para ungir su cuerpo. Al descubrir que su cuerpo no estaba allí, me sentí confundido, de la misma manera que me siento ahora; no sabía si se trataba de un momento para celebrar por el triunfo de Jesús sobre la muerte o si había alguna otra explicación para la desaparición de su cuerpo. Recuerdo que en ese momento me sentí profundamente sobrecogido por la presencia de Él y me alentaba el pensamiento de que Jesús había resucitado. En ese instante yo supe que, aunque Jesús ya no era humano, Él estaba allí para animarme con la misma conexión que habíamos compartido siempre. Mientras recordaba esto el sol se iba levantando sobre el horizonte y esto me llevó a recordar el amanecer que yo había experimentado en la mañana de la resurrección de Jesús. Al recordar esto me volví a sentir muy cercano a Jesús. Sin que me hubiera dado cuenta, al mirar hacia el lado derecho, veo que Jesús se había sentado al lado mío, y estaba mirando hacia el mar, como lo había hecho una mañana cuando íbamos de vuelta hacia Jerusalén. Esta vez me miró, pero no con una mirada de preocupación, sino con una sonrisa cariñosa y me preguntó, “¿Me amas?” Yo respondí inmediatamente: “Sí”. El dijo, “entonces ve y sígueme. Recuerda que yo estoy contigo. Siempre”. Y desapareció. En ese momento supe que podría vencer cualquier dificultad que se me presentara, pues he disfrutado de una vida junto a Jesús, una vida llena de recuerdos y experiencias que me han acercado más a Jesús y que me han ayudado a experimentar su tierno amor y preocupación por mí. Su presencia es permanente ahora; nadie me la puede quitar. Él estará siempre conmigo y para mí. Y yo lo seguiré siempre.



**Practicando lo que se predica ...** A usted se le reta a poner en práctica todo lo que usted ha experimentado en estos Ejercicios Espirituales. Viva en el amor de Dios y responda a ese amor compartiéndolo con los demás. Escuche al Espíritu Santo y siga a Jesús a dondequiera que Él lo lleve.